

¿QUÉ ESPERAR DE LA EDUCACIÓN EN ESTE MILENIO?



La falta de respeto hacia la profesión docente por parte del gobierno y de las fuerzas dirigentes de la sociedad, especialmente en relación con la educación primaria, queda materializado en la insignificante remuneración que perciben los maestros en comparación con lo que recibe la burocracia estatal o de otras profesiones.

Oscar Wingartz Plata

Miguel Ángel Escotet¹

El estado de la cuestión

El epígrafe de este trabajo es sumamente pertinente. A pesar de la obiedad, la situación educativa en nuestro medio es una de esas realidades que se han constituido en clamor de sordos o como diría Juan el Bautista: “voz que clama en el desierto”. No es que uno quiera convertirse en profeta, predicador o redentor de causas difíciles, desesperadas o perdidas, pero la reiterada realidad nos ubica en esa tesitura, por la fuerza de los hechos ante panorama en extremo complejo. En función de esta idea, es que se hace necesario plantear y proponer una serie de consideraciones que nos permitan asumir con la mayor precisión posible el punto a discutir.

Decía que la cita propuesta es suavemente reveladora en razón de que las diversas instancias de gobierno, no sólo en nuestro país, sino en toda la América Latina, caminan por el mismo sendero. Ante la compleja y aguda situación que atraviesan nuestros países, el sector educativo es uno de los más expuestos, mediatizados y vulnerables. Muchos podrán decir que esta afirmación es falsa, pero nuestra cotidianeidad lo confirma y reafirma. Nos pone de nueva cuenta sobre los hechos. Estos hechos los podemos enunciar como zona de guerra, donde los diversos niveles y subniveles educativos cada vez más se han visto avasallados, confrontados, en determinados casos, dejados a su propia suerte. Muchos pueden ver o considerar

estos puntos como extremistas, alarmistas o apocalípticos, pero sólo es cuestión de ir corroborando algunos datos y referencias de orden estadístico e histórico para confirmar que la situación educativa en lugar de mejorar, efectivamente, ha empeorado; en algunos casos, incluso, se vuelto una realidad explosiva y francamente devastadora, hasta el punto de constituirse en una realidad irreversible.

Comento esto porque al menos en nuestro medio, ha habido una actitud recurrente y reiterada de “querer ver moros con tranchete”. Dicho de otra manera, ante la evidencia se contraataca o se niega aquello que se muestra, o en el peor de los casos uno es acusado de estar actuando de mala fe, de ser mal intencionado, de ser un confabulado, de estar conspirando contra las autoridades o pretender poner en descrédito la labor educativa de “x” o “y” gobierno. Un ejemplo de ello es el pleito que se desató por parte de algunos actores políticos en torno a la errática e inconsistente actuación del presidente, tanto en el orden local como internacional, donde las descalificaciones, las faltas de respeto, la difamación y la denostación son la nota predominante.

Se propuso este ejemplo porque, en efecto, todavía nos hace falta crear una verdadera cultura del respeto, la tolerancia, la veracidad y la congruencia entre el decir y el hacer; y de esa forma dejar atrás la simulación, la apariencias, las verdades a medias, la mentira como recurso central y como norma de conducta. Esto es, crear una cultura de civilidad, sin

¹ R. Armove, *La educación como terreno de conflicto: Nicaragua, 1979-1993*, Managua, Ediciones UCA, Col. Alternativa, 1994, pp. 7-8.

estridencias ni exageraciones. Esto también significa ser moderado y respetuoso con uno mismo y con los demás.

¿Por qué estas consideraciones? Al igual que en materia política, en el orden educativo enfrentarnos con nuestra realidad se constituye en anatema o tabú. Al afirmar o decir que nuestra situación es difícil y azarosa, pareciera que estamos adelantando el fin del mundo, en consecuencia, es mejor no decir nada, maquillarla, evadirla, negarla o simularla. Esto se ha convertido en el “a, b, c” de nuestra cotidianidad, es decir, si no se hace un llamado a la serenidad, la cordura, la honestidad, para de ahí avanzar hacia las soluciones o al menos intentarlas, el asunto cada día será más agudo. En este orden, retomaría una afirmación de uno de los teóricos más brillantes del marxismo, el italiano Antonio Gramsci, quien decía: “Es necesario llamar poderosamente la atención sobre el presente tal como es, si se quiere transformarlo”.²

Sobre los puntos propuestos, uno de los que con más insistencia se reitera, es el relacionado con el estado que guarda la educación pública y privada en nuestro contexto. Para nadie debería ser un secreto que tanto la calidad educativa como la propia administración educativa están en franco deterioro. Es más, estos puntos mencionados en sí mismos han sido materia de debate. No es necesario remontarnos muy atrás. Hace un par de semanas a nivel público se estuvo ventilando “la calidad académica” de muchas escuelas privadas en sus diversos niveles, donde la nota predominante fue que muchas de éstas no cubrían ni el mínimo exigido para funcionar como tales. No es ni prejuicio, ni mala voluntad, ni estridencia. Eso se puede comprobar de manera fehaciente.

Otro punto neurálgico de esta discusión es el estado mismo de la cuestión educativa. Esto quiere decir, ¿cómo estrictamente se entiende y se asume la situación educativa en nuestro medio? En este punto hay que diferenciar los planos, porque una cosa es la enseñanza, es decir, la actividad docente propiamente dicha, el quehacer en el aula, la actividad didáctica y pedagógica; y otra muy distinta las políticas y los proyectos. Las administraciones educativas están íntimamente ligadas a estas instancias, es cierto, pero algo muy distinto es que se quieran identificar hasta el punto de no diferenciarse entre sí. Como dice Miguel Ángel Escotet, “...no se puede confundir educación con escuela y escolaridad con educación”.³

Esta ha sido de una de las cuestiones más debatidas, no tanto por los teóricos y estudiosos del fenómeno educativo, sino por los políticos y todos aquellos que por una razón u otra se han visto involucrados en estas discusiones. No son reiteraciones, lo que se pretende es dejar asentado el “estado de la cuestión”. Para ser honestos, hay un desconocimiento impresionante sobre el peso que cobra esta realidad entre nosotros, ya sean propios o extraños. El asunto educativo en México y en América

El asunto educativo en México y en América Latina es una cuestión vital, casi de “seguridad nacional”

Latina debería ser una cuestión vital, casi de “seguridad nacional”, como dicen nuestros nada consecuentes vecinos del norte, pero la realidad nos muestra un panorama devastador y poco esperanzador, al menos en las actuales circunstancias.

Desafíos

Para entrar en materia me voy a permitir hacer una afirmación que cobra el peso de una ley o puede tener el peso de una sentencia lapidaria: “México es un país de reprobados”. Empezando por nuestros propios profesores. Con esta afirmación se abren una serie de consideraciones y planteamientos de primera magnitud, que de ninguna forma pueden ser vistos como una provocación y una altanería, sino como una de tantas constataciones que podemos hacer sobre nuestro campo educativo. En un trabajo colectivo, coordinado por uno de los teóricos más agudos y penetrantes en materia educativa en nuestro país, Gilberto Guevara Niebla, éste expone que la situación educativa tiene ante sí cinco grandes desafíos que enfrentar:

1. La equidad
2. La calidad
3. El financiamiento
4. La productividad, el empleo y la revolución científico-tecnológica
5. La participación social.⁴

Esto quiere decir que, desde la perspectiva del autor y sus colaboradores, estos son los rubros más álgidos y problemáticos que tiene que enfrentar el sector educativo. Es obvio que son más los puntos a atacar o los elementos a enfrentar, pero éstos son los más problemáticos que deben ser analizados, discutidos y resueltos. Por otra parte, es un hecho que la realidad educativa se ha convertido en una auténtica arena de combate, donde se han dado todo tipo de incidencias y contradicciones que han afectado a los directamente involucrados (autoridades-docentes-estudiantes) y a una gama muy amplia de sujetos, sectores y organizaciones. Vayamos por partes, tratando de explicitar los puntos presentados.

a) Se afirmaba al inicio de este inciso que “México es un país de reprobados”. ¿Por qué iniciar con una afirmación de este calibre? Por una razón muy sencilla. Desde hace por lo menos dos décadas, el país se ha visto inmerso en una serie de fenómenos, avatares, cambios, “transformaciones” y penurias de diversa magnitud y grado, que de forma inexorable han impactado al campo educativo. Esto quiere decir que, por más que queramos aislar a la educación de su entorno histórico-

² G. F. Piñón, *Prolegómenos de Filosofía y Política en Antonio Gramsci*, México, Ediciones Centro Gramsci, 1987, p. 35.

³ R. Arnove, *op. cit.*, p.7.

⁴ G. Guevara Niebla (Compilador), *La catástrofe silenciosa*, México, FCE, 1992, p. 15.



social, eso será una ilusión y una mistificación más. Esto es, la educación misma se ha visto envuelta en un vaivén político, social e ideológico que la ha mellado significativamente. Sólo es cuestión de ver como han cambiando los marcos normativos, las referencias, la concepción de la educación. Es decir, como se concebía y como se concibe a la educación y al quehacer educativo.

No es una casualidad ni una actitud confabulatoria el afirmar que la baja calidad del servicio educativo, de los procesos de enseñanza-aprendizaje, se han visto afectados seriamente por estas y otras realidades; de ahí la cantidad de carencias y necesidades que acarreamos. Sería una inconsecuencia y una inconsciencia afirmar lo contrario, el decir: “vamos bien, todo está bajo control”. Hay que aceptarlo con toda seriedad y serenidad: la educación en México es deficiente, cada vez se está deteriorando más, lo cual se refleja en todos los niveles. Por otro lado, las transformaciones que a nivel global se han sucedido han dejado como saldo una cauda de rezagos e indefiniciones que en esta coyuntura se ven difíciles de remontar, corregir o al menos darles otra dirección en el corto o mediano plazo. Sobre todo, si lo vemos al interior del esquema en que nos movemos. Con esto no se pretende mostrar una realidad catastrófica o apocalíptica de la cual no hay redención posible. Simplemente se está mostrando el panorama.

En este sentido, se han levantando voces tratando de alertar y prevenir sobre un posible escenario más caótico y conflictivo. Que no se haya agudizado la situación y con ella los conflictos y las contradicciones, es otro punto. Como muestra de lo que se viene exponiendo se propone lo siguiente, planteado en su momento por Cuauhtémoc Cárdenas:

las críticas del desastre provocado por tres sexenios de recortes al gasto [...] Los presupuestos de las universidades y demás centros de educación superior se han reducido en términos reales y la pretensión del gobierno de trasladar los costos de la educación a los estudiantes y a sus familiares, han dado lugar a conflictos dolorosos como los que afectan a la UNAM o a las Normales Rurales.⁵

Más adelante Cuauhtémoc afirmaba de forma contundente:

el abandono y la desatención que el gobierno ha tenido con los profesores durante muchos años, ha provocado que más de la mitad de los maestros tengan

dobles plazas para completar un ingreso que apenas permite la supervivencia familiar [...] el ingreso familiar de más del 20% del magisterio no alcanza los tres salarios mínimos, y más del 25% de los profesores son interinos, el 35% carece de los servicios habitacionales más elementales. Todo esto producto del abandono oficial y de la fiebre privatizadora de los últimos años.⁶

Con los elementos vertidos se puede dejar establecido que la perspectiva para la educación bajo el actual esquema, simple y sencillamente nos va a llevar a más crisis, mayor conflictividad, a un mayor deterioro educativo. Los desafíos y los retos son evidentes. El escenario se muestra perturbador y azaroso. Por ello, la urgente necesidad de caminar en una dirección totalmente diferente, sobre todo, con rumbo claro y definido. No se puede dejar el quehacer educativo sólo a los burócratas, debe ser una labor “colegiada”, para que los diversos actores intervengan, sientan la corresponsabilidad en esta labor. Además, porque parece ser que la tendencia en materia educativa es el seguir en esta ruta: la de ser unos eternos reprobados, unos eternos dependientes, y con ello ahondar nuestras carencias, limitaciones y rezagos.

b. Sobre los retos que tiene que enfrentar la educación, muchos de ellos evidentes —equidad, calidad, financiamiento...□, se debe decir lo siguiente: cada uno de los rubros mencionados, en sí mismos, conllevan una carga y un contenido muy concretos y específicos. Pero lo que se desea enfatizar es que se irán obteniendo mayores respuestas a este caótico panorama en la medida en que lo enfrentemos con lucidez, objetividad y rigor. Tenemos que actuar en consecuencia con la realidad que estamos viviendo y estar a la altura del tiempo histórico que nos ha tocado vivir. Esto implica que la educación, como campo privilegiado y determinante para nuestro desarrollo, pase a ocupar efectivamente ese espacio que tanto se pregona, y no hacer lo que se ha venido haciendo, predicar una cosa y hacer exactamente lo contrario.

En términos concretos, en materia educativa sólo se hace demagogia, como si esa fuera “la fórmula mágica” para salir de la conflictividad. Hay que dejar la demagogia para los actos de campaña, para los “turiferarios del sistema”, para la simulación y el servilismo. Esto no puede ser visto como una exageración o como simples deseos de buena voluntad. Más bien, son un llamado para actuar en favor de la educación de forma comprometida, decidida, porque de lo contrario su deterioro será, ahora sí, irreversible. Podemos plantear el punto de otra manera. ¿Qué pasaría con el sistema educativo nacional si efectivamente nos ubicamos ante el umbral de la irreversibilidad? ¿Hasta dónde hemos hecho conciencia de una situación así? ¿Estamos preparados para encarar un escenario de esta magnitud?

c. Ante este escenario, ¿qué debe ser la educación? Considero que debe ser una parte vital del proyecto de nación que se

⁵ C. Cárdenas, *La Jornada*, México, 17-V-2000, p. 15.

⁶ *Ídem*.

Es necesario llamar poderosamente la atención sobre el presente tal como es, si se quiere transformarlo
Antonio Gramsci

desea impulsar. En este orden, deberíamos estar en sintonía con lo expresado por Cuauhtémoc Cárdenas en una reunión que tuvo con “la plana mayor” de la ANUIES: “La educación debe ser el sustento de un proyecto de nación democrática, justa, equitativa y soberana”.⁷ Con ello daríamos paso a una nueva realidad histórico-social, cualitativamente diferente. No es suficiente decir que todos los escolares van a tener condiciones de primer mundo, cuando sobre los hechos es falso, más bien suena a chiste de mal gusto, carente de sustento y en extremo descontextualizado. Sobre todo, cuando vemos que nuestras necesidades más apremiantes son otras.

Si efectivamente deseamos reorientar el quehacer educativo, debemos abocarnos a los problemas más inmediatos, acuciantes, álgidos, además de los ya mencionados. Entre otros, el preocuparnos por una verdadera reestructuración de la vida académica en todos los niveles. Dar una respuesta sólida y seria a la condición magisterial. Dignificar la figura, la labor y la vida del docente. Todo esto lo vamos a lograr partiendo de un proyecto claro, preciso, consensuando con sentido común, haciendo de la educación uno de los pilares centrales de ese proyecto de nación, para que el maestro se sienta identificado con esas ideas y principios, que en sentido estricto, sería un proyecto de todos, seamos docentes o no.

Esto en su inicio puede ser difícil y con traspies. ¿Pero que inicio no es así? Lo que en el fondo se está planteando es una actitud seria, lúcida, comprometida y consecuente. Asumir de manera cabal la parte que nos corresponde en este quehacer. Redoblar el paso y los esfuerzos para que se materialicen los anhelos y los deseos de todos aquellos que han trabajado por ver a la educación en otra situación histórica. Yo diría que debemos asumir la experiencia histórica de la “educación pública mexicana”, porque la ha habido y es un caudal de elementos que debemos retomar y reflexionar con toda profundidad.

Todos de alguna forma hemos vivido el desinterés, el conformismo, la desilusión, el desencanto, la apatía. Pero la cuestión sigue en pie: ¿Cómo articular un espacio y un tiempo para llevar adelante estas ideas? La vida docente debe trascender de manera definitiva lo meramente técnico e instrumental y constituirse en esa fuerza social capaz de impulsar una perspectiva diferente de sociedad, desde el espacio de su competencia.

⁷ C. Cárdenas, *La Jornada*, México, 29-II-2000, p. 11.

⁸ H. A. Giroux, *La Escuela y la lucha por la ciudadanía*, México, Siglo XIX/UNAM, 1993, p. 22.


La educación debe ser el sustento de un proyecto de nación democrática, justa, equitativa y soberana
Cuauhtémoc Cárdenas

Este es uno de los tantos desafíos que hay que enfrentar. Porque en él se condensan y sintetizan muchas de las expectativas y anhelos, no sólo docentes, sino también sociales. Estamos viviendo tiempos históricos sumamente complejos, que expresan una pobreza teórica, discursiva, argumentativa, impresionante, es decir, vivimos un tiempo carente de ideas, de pensamientos relevantes, de actitudes progresistas, de compromisos profundos. Esto también significa una falta de imaginación y creatividad. Estamos ante una coyuntura donde requerimos, solicitamos, urgimos más y mayores ideas y reflexiones, así como la renovación del pensamiento en diversos rubros y niveles con una actitud crítica, propositiva y decidida.

Conclusión

Finalizo esta exposición con las siguientes consideraciones. Primera: Reconozcamos con seriedad y honestidad que la actividad educativa en nuestro medio requiere ser analizada con rigor y, a partir de ahí, reestructurarse consecuente y propositivamente. Segunda: La figura y la persona del docente serán definitivas y sobresalientes en esta redefinición, porque es en él donde recae en buena medida el peso de este quehacer. Tercera: La educación como proyecto de nación debe interpelarnos para trabajar en esa dirección, sobre todo, tomando en cuenta que hay una serie de oscilaciones de todo orden.

La misma educación es o debe ser, una lucha por la reconquista de la ciudadanía en su sentido más concreto. Es decir, hacer valer nuestros plenos derechos, lo que implica también cumplir cabalmente con nuestras obligaciones y responsabilidades. Estas serían algunas de las ideas y planteamientos de cara a una perspectiva educativa en este inicio de milenio. Como se ha visto, el camino es todavía muy largo, intrincado, de una envergadura difícil de sintetizar. Concluyo con una cita de Henry A. Giroux que dice:

Claro está que una forma emancipatoria de ciudadanía no sólo llevaría la mira de eliminar las prácticas sociales opresivas, sino que también se constituirá en un nuevo movimiento del despertar social y, al hacer esto, igualmente contribuiría a la estructuración de relaciones sociales no enajenantes, cuya meta sería la de ampliar y fortalecer las posibilidades inherentes a la vida humana.⁸ 

Oscar Wingartz Plata. Mexicano, doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesor-investigador en la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Querétaro.